

Permitidme que os dirija una súplica. Ya que en el choque mortífero de la guerra olvidarán los hombres ciegos que son hermanos, socorredles vosotras, que sois sus hermanas, haciendo hilas. El lienzo antiguo de nuestras casas, que en ellas no nos sirve, puede salvar la vida á los heridos. Ofrecerá hermoso espectáculo que todas las mujeres de ese país se empleen en esta obra fraternal, dando un gran ejemplo y ofreciendo un gran beneficio. Los hombres hacen el

mal; vosotras, mujeres, remediadlo, y ya que en el mundo hay ángeles malos, sed vosotras los ángeles buenos.

Si quereis, y no dudo que querais, en poco tiempo se reunirá una gran cantidad de hilas: dividiéndolas en dos partes iguales, enviaremos una á Francia y otra á Prusia.

Pongo á vuestros pies mis repetos.

A. Gantú Jauriqui Victor Hugo.

Hauteville-House 22 Julio 1870.,,

FIN DE EN EL DESTIERRO.

A. Gantú Jauriqui

DESPUES DEL DESTIERRO

1870 Á 1876

PARIS Y ROMA

I.



La trilogía ANTES DEL DESTIERRO, EN EL DESTIERRO y DESPUES DEL DESTIERRO no la he inventado yo, es obra del emperador Napoleón III; él ha dividido mi vida de esta manera, y es preciso dar al César lo que es de Bonaparte.

La trilogía está dividida según las reglas del arte; cada una de sus tres partes se refiere á un destierro: la primera al destierro de Francia; la segunda al destierro de Jersey, y la tercera al destierro de Bélgica.

Esto no obstante, debo rectificar; la palabra destierro, aplicada á los dos últimos países, es impropia; debí decir expulsión. No hay más destierro que el de la patria.

Los tres volúmenes encierran una vida entera y completa; ocupan diez años la primera parte, diez y nueve la segunda y seis años la tercera; desde 1841 hasta 1876. Puede estudiarse en sus páginas reales día por día la marcha de un espíritu hácia la verdad, sin dar nunca un paso hácia atrás. Estos tres libros proyectan algo semejante á la sombra que hace un transeunte y que queda fijada en tierra; tienen la verdadera forma de un hombre.

Se notará quizás que la trilogía empieza por un consejo de resistencia y termina por un consejo de clemencia; de resistencia á los tiranos, de clemencia para los vencidos. Treinta y cinco años separan al primer consejo del segundo; pero el deber doble que imponen se indi-

ca, se acepta y se practica en todas las páginas de la trilogía.

Al autor no le queda ya más que hacer que continuar su camino y morir. Salió de su patria el 11 de Diciembre de 1851 y regresó el 5 de Setiembre de 1870. Al entrar en su patria se encontró con su hora más sombría y con un inmenso deber que cumplir.

II.

Es doloroso salir de la patria, pero algunas veces regresar aun es más triste. Algunos proscritos romanos hubieran preferido morir como Bruto á presenciar la invasión de Atila, y algunos proscritos franceses hubieran preferido el destierro eterno á ver la Francia á los piés de la Prusia, que arrancó del territorio patrio á Metz y á Strasburgo.

Causa inexpressable dolor volver al hogar natal el día de las catástrofes conducidos por los acontecimientos que os indignan; llamar durante mucho tiempo á la patria en la nostalgia del destierro y ver que el destino oye vuestros votos para insultaros y humillaros; encontrarse á la patria á la planta de dos imperios, uno triunfante y otro vencido; atravesar la frontera sagrada en los momentos en que el extranjero la viola; asistir á la mortandad de los valientes; ver subir hasta el horizonte el humo vergonzoso de la gloria del enemigo, conseguida con vuestra ignominia; pasar por donde acaban de pasar las matanzas; encontrar dispersiones feroces de soldados que huyen despavoridos; entrar despues en la ciudad heroica que vá á sufrir el monstruoso sitio de cinco meses; encontrar

á la Francia, pero sangrienta y moribunda; volver á ver á Paris, pero hambriento y bombardeado.

Causa inexpressable dolor ver la inundacion de los bárbaros; pero hay otro ataque tan funesto como éste: el de la irrupcion de las tinieblas. Si hay algo tan lúgubre como el patear de los caballos prusianos en Paris, es la invasion de la Edad Media en el siglo diez y nueve. Es un crescendo que ultraja; despues del emperador, el Papa; despues de Berlin, Roma; despues de ver triunfar la espada, ver triunfar las tinieblas.

La luz de la civilizacion puede extinguirse de dos modos, debe temer dos invasiones peligrosas; la invasion de los soldados y la invasion de los sacerdotes. Una amenaza á nuestra madre la pátria y la otra amenaza á nuestro hijo el porvenir.

III.

Hay dos inviolabilidades, que son los dos preciosos bienes de los pueblos civilizados; la inviolabilidad del territorio y la inviolabilidad de la conciencia. El soldado viola una y el sacerdote viola la otra.

Se debe hacer justicia á todos, por lo que debemos confesar que el soldado cree que obra bien, porque obedece á su consigna; el sacerdote cree que obra bien, porque obedece al dogma; solo los jefes son responsables; solo hay dos culpables: César y Pedro; César que mata y Pedro que engaña.

El sacerdote puede serlo de buena fé; cree poseer una verdad diferente de la verdad universal. Cada religion cree en su verdad, que es distinta de las otras verdades, y su verdad no sale de la naturaleza, que es panteista, segun la opinion de los sacerdotes; sale de un libro diferente de otros libros. La verdad que sale del Talmud es hostil á la verdad que sale del Korán. El rabino cree de diferente modo que el marabut, el fakir contempla un paraiso que no vé el religioso griego del monte Athos, y el Dios visible para el capuchino es invisible para el derviche. A esto se me contestará que el derviche vé otro Dios: es verdad, y yo añado que es el mismo; Júpiter es Jovis, es Jehová, lo que no impide que Júpiter lance rayos á Jehová y que Jehová condene á Júpiter; Fó excomulga á Brahma y Brahma anatematiza á Alá; los dioses se rechazan unos á otros, y cada religion desmiente á las demás; los clérigos se

odian, flotando entre todas esas nebulosidades, casi convencidos cada uno de su verdad; debemos compadecerles y aconsejarles la fraternidad; su lucha es escusable, porque cada uno cree lo que puede y no lo que quiere. Esta es la excusa de todos los clérigos, pero lo que les excusa debe darles prudencia y no terquedad. Existe el derecho al fanatismo, pero este es un derecho particular y personal. Desde que el fanatismo se difunde, desde que se convierte en veda, pentatético ó syllabus, es sospechoso. La creacion debe ser el estudio del hombre; el sacerdote detesta ese estudio porque tiene á la creacion por sospechosa; la verdad latente de que el sacerdote dispone, contradice la verdad patente que propone el universo. De esto resulta un conflicto entre la fé y la razon; de esto resulta que cuando el clérigo es el más fuerte, impone su fanatismo á la inteligencia, y es muy temible que se apodere de la educacion del niño, que retoque su espíritu y petrifique su cerebro; todas las religiones tienen el mismo objeto: apoderarse á la fuerza del alma humana.

La Francia está sujeta ahora á una tentativa semejante de violacion, á una prueba de fecundacion que la mancha, y es muy terrible que se trate de crear á la Francia un porvenir falso. En la situacion actual, la inteligencia nacional está en peligro.

Enseñan lo mismo las mezquitas, las sinagogas y los presbiterios; son idénticas sus afirmaciones quiméricas, y todas tratan de sustituir á la conciencia el dogma. Como falsean la nocion divina é innata, el candor de la juventud no puede defenderse, y en su candor derraman la impostura, y si se las dejase obrar con libertad, llegarían á dotar al niño de espantosa buena fé en el error.

Repetimos que el sacerdote puede ser sincero y estar convencido; por eso no debemos vituperarle, pero sí que le debemos combatir.

El clero cree que falta dar educacion á la civilizacion y pide que le dejemos educarla; quiere ser maestro del pueblo francés. Esta pretension merece examinarse.

El sacerdote, como maestro de escuela, trabaja en muchos paises. ¿Qué educacion dá? ¿Qué resultados obtiene? En esto estriba toda la cuestion.

El que escribe estas líneas conserva en la memoria dos recuerdos: permítasele que los compare y de su cotejo nos resul-

tará alguna enseñanza; cuando no, nunca es inútil escribir historia.

IV.

En 1848, durante las trágicas jornadas de Junio, invadieron los insurrectos una de las plazas de Paris.

Esta plaza, antigua, monumental, era una especie de fortaleza cuadrada, que tenia por muralla un cuadrilátero de casas altas de ladrillo y de piedra, y estaba guarnecida por un batallon que mandaba el valiente oficial Tombeur. Los insurrectos de Junio se apoderaron de ella con la rapidez irresistible de las multitudes que combaten.

Brevemente, pero con claridad, vamos á decir aquí algunas palabras sobre el derecho de insurreccion.

Tenia razon la insurreccion de Junio? Tentados estamos de responder que sí y que no: sí, si se considera su objeto, que era plantear la República; no, si se considera el medio, que era asesinar la República, porque por desgracia la insurreccion de Junio mataba lo que queria salvar.

Asombra este contrasentido; pero dejámos de asombrarnos al analizar y al ver que las intrigas bonapartistas y las intrigas legitimistas se confundieron en aquella ocasion con la sincera y formidable cólera del pueblo. La historia lo sabe ya hoy, que dos pruebas han demostrado la doble intriga: la carta de Bonaparte á Rapatel y la bandera blanca de la calle de San Claudio.

La insurreccion de Junio equivocó el camino.

En las monarquías, las insurrecciones dan un paso hácia adelante, y en las repúblicas un paso hácia atrás.

La insurreccion solo es derecho cuando tiene ante ella la verdadera rebelion, que es la monarquía; porque es justo que un pueblo se defienda contra un hombre.

El rey es una sobrecarga, que cae á una parte y no á la otra; es necesario poner un contrapeso á ese hombre excesivo, y la insurreccion no es más que el restablecimiento del equilibrio.

La cólera solo es de derecho en asuntos de equidad; derribar la Bastilla es una accion violenta y santa.

La usurpacion atrae la resistencia; siendo la República, esto es, la soberanía del hombre sobre sí mismo; siendo la República el principio social absoluto, la monarquía es una usurpacion, aun-

que esté proclamada legalmente; porque ya hemos dicho en otra parte que algunas veces la ley es traidora al derecho. Las rebeliones de la ley deben reprimirse, y solo puede reprimir las la indignacion del pueblo. Royer-Collard decia: *Si promulgais esa ley, juro desobedecerla.*

La monarquía abre el derecho á la insurreccion y la República lo cierra.

En la República es culpable cualquier insurreccion, porque es una batalla entre ciegos; es el pueblo asesinado por el pueblo.

En la monarquía, la insurreccion es la legítima defensa; en la República, la insurreccion es el suicidio.

La República tiene el deber de defenderse, hasta contra el pueblo, porque el pueblo es la República de hoy, la de ayer y la de mañana; bajo el punto de vista de estos principios, la revolucion de Junio de 1848 no tuvo razon de ser.

Fué terrible porque era venerable, y en el fondo de su inmenso error palpaba el sufrimiento del pueblo. Fué la rebelion de los desesperados. El primer deber de la República era reprimir la insurreccion y el segundo amnistiarla. La Asamblea nacional cumplió el primer deber, pero no el segundo. De esta falta responderá ante la historia.

Hemos hecho estas observaciones de paso, no solo porque son verdaderas y deben proclamarse todas las verdades, sino porque en épocas de turbacion es preciso esclarecer las ideas. Dicho esto, reanudemos el hilo interrumpido.

Los insurgentes penetraron en la plaza que antes indicamos por la casa número 6. Esta casa tenia un patio, que por la puerta trasera comunicaba con un callejon sin salida, metido entre las grandes calles de Paris. El conserje abrió esta puerta á los insurrectos; por ella entraron en el patio y despues en la plaza. Tenian por jefe á un antiguo maestro de escuela, que destituyó M. Guizot; se llamaba Gobert, y más tarde murió proscrito en Lóndres. Los insurrectos invadieron el patio tempestuosos y amenazadores: iban despedazados y descalzos y provistos con las armas que la casualidad dá al furor, y aunque entraron coléricos, lanzaban las sombrías miradas que despiden los vencedores que conocen que serán vencidos. Uno de ellos gritó, entrando en el patio: "Aquí vive un par de Francia." Al oír esto, asustados, todos los habitantes de la plaza exclamaban: "Van á saquear la casa núm. 6."

Uno de los inquilinos de dicha casa

era efectivamente par de Francia, miembro entonces de la Asamblea Constituyente. No estaban en casa ni él ni su familia. Su habitación era vasta; ocupaba todo el segundo piso; tenía en una de sus extremidades la entrada á la escalera principal y á la otra extremidad la entrada á una escalera de servicio.

Este antiguo par de Francia era uno de los sesenta representantes que envió la Constituyente para reprimir la insurrección, dirigir las columnas de ataque y para que los generales mantuviesen la autoridad de la Asamblea. El día á que nos referimos estaba enfrente de la insurrección en una de las calles inmediatas, y le secundaba su colega y amigo el célebre escultor David d'Angers.

—Subamos á su casa! gritaron los insurgentes.

Los habitantes de toda la casa quedaron aterrados.

Los sublevados subieron al segundo piso; eran tantos que llenaban la escalera principal y el patio. Una vieja, que guardaba la casa mientras sus dueños estaban ausentes, les abrió espantada. Entraron en tropel, con el jefe á la cabeza. La habitación estaba desierta.

En cuanto franquearon la puerta, el jefe, Gobert, se quitó el gorro y dijo:

—Descubríos.

Todos se descubrieron.

—Necesitamos armas! gritó una voz.

—Si hay aquí las tomaremos, gritó otra voz.

—Las tomaremos, dijo el jefe.

La antecámara era una gran sala severa y alumbrada en una esquina por una ventana larga y estrecha, y contenía una fila de cofres de madera á lo largo de la pared, según la antigua moda española.

Penetraron en la antecámara.

—Orden! dijo el jefe.

Se alinearon de tres en tres, murmurando confusamente.

—Silencio! exclamó el jefe.

Todos callaron.

—Si encontramos armas las tomaremos, repitió Gobert.

Precedidos por la vieja, que iba temblando, pasaron desde la antecámara al comedor.

—Aquí tenemos armas, exclamó uno de los insurrectos.

En la pared del comedor estaba instalada una panoplia en forma de trofeo.

—Aquí hay un fusil, dijo el primero que había hablado, señalando un mosquete de forma rara.

—Es un objeto de arte, le contestó el jefe.

Otro insurrecto, de cabello gris, añadió: —En 1830 tomamos fusiles como esos en el Museo de Artillería.

—El Museo de Artillería pertenece al pueblo, replicó el jefe.

Dejaron el fusil en su sitio.

Al lado del mosquete pendía un largo yatagán turco, cuya lámina era de acero de Damasco, y que tenía el puño y la vaina salvajemente esculpidos, pero que eran de plata maciza.

—Esta es una buena arma, dijo un insurrecto examinándola. Voy á tomar este sable.

—Es de plata! exclamaron muchas voces.

Esta palabra bastó para que nadie lo tocara.

Nadie lo cogió, á pesar de encontrarse entre aquella multitud algunos trapeiros del arrabal de San Antonio y bastantes indigentes.

Desde el comedor pasaron al salón. Había en él una mesa cubierta con tapicería, que tenía bordadas las iniciales del dueño de la casa. Querían apoderarse de ella, pero el jefe lo impidió.

—Llévemola, ya que nos combate, gritó un sublevado.

—Cumple con su deber, le contestó el jefe.

—Pues y nosotros? le replicó el mismo sublevado.

—Cumplimos con el nuestro: defendemos á nuestras familias y él defiende á la patria.

Testigos que viven aun le oyeron pronunciar esas graves palabras.

Continuó la invasión, si invasión puede llamarse el lento desfile de una multitud silenciosa. Revisaron todas las habitaciones una tras otra sin tocar ningún mueble, si exceptuamos una cuna. La dueña de la casa tuvo la superstición maternal de conservar al lado de su cama la cuna de su último hijo. Uno de los más feroces descamisados dió un puntapié á la cuna, que durante algunos instantes pareció que mecía aun al niño dormido. La multitud le contuvo y miró á la cuna sonriendo.

Al extremo de esa habitación estaba situado el gabinete del dueño de la casa, que tenía salida á la escalera de servicio. De aposento en aposento llegaron hasta allí.

El jefe hizo abrir la salida, porque detrás de los primeros que llegaron, la legión de combatientes, dueños de la plaza,

ocupaba todo el aposento y era imposible volver atrás.

El gabinete ofrecía el aspecto de un cuarto de estudio, y en él todo estaba esparcido con el tranquilo desorden que presenta un trabajo que no está concluido. Solo en este gabinete entraba el dueño de la casa; por eso todo estaba allí revuelto. Había dos mesas llenas de útiles á propósito para el trabajo de un escritor. En ellas estaba todo confundido: papeles y libros, cartas abiertas, versos, prosa, hojas volantes y manuscritos empezados. Sobre una de las mesas había reunidos algunos objetos curiosos; entre otros la brújula de Cristóbal Colon, fechada en 1489, llevando esta inscripción: *La Pinta*.

Gobert se aproximó á la mesa, examinó curiosamente la brújula y exclamó:

—Esta brújula es única; es la que descubrió la América.—La otra mesa era alta, porque el dueño de la casa tenía costumbre de escribir de pié. En dicha mesa estaban aun recientes las páginas de una obra interrumpida (1), y sobre esas páginas un papel lleno de firmas. Era una exposición de los marineros del Havre, en la que pedían la revisión de la penalidad y se explicaban las insubordinaciones de la tripulación por las crueldades é iniquidades del Código marítimo. Al margen de la exposición había escrito el par de Francia, que era representante del pueblo, las siguientes líneas: "Apoyad esta exposición. Si socorriésemos á los que sufren, si nos adelantáramos á las reclamaciones legítimas, si restituyésemos al pueblo lo que pertenece al pueblo, en una palabra, si fuéramos justos, no nos veríamos en el doloroso deber de reprimir las insurrecciones."

El desfile de los insurrectos duró cerca de una hora. Por aquellas habitaciones pasó en silencio la miseria y la cólera. Entraron por una puerta y salieron por otra. Se oía desde lejos el estampido del cañón. Todos volvieron al combate.

Cuando vaciaron las habitaciones se pudo ver que sus piés desnudos y sus manos negras de pólvora nada habían tocado. Ni faltó un objeto curioso ni desarreglaron un solo papel. Solo desapareció la exposición de los marineros del Havre (2).

(1) *Los Miserables*.

(2) Despues se explicó esta desaparición. Al verla anotada, Gobert se la llevó con el objeto de enseñarla á los combatientes, para hacerles ver que el dueño de la casa, si como representante tenía el deber de reprimir la insurrección, era, sin embargo, verdadero amigo del pueblo.

Veinte años despues, el 27 de Mayo de 1871, pasaba lo siguiente en otra plaza grande, pero no de Paris, sino de Bruselas; no de dia, sino de noche.

Un viejo que era abuelo, una madre jóven con dos niños pequeños, habitaban en la casa número 3 de la plaza de las Barricadas; el anciano era el mismo que habitó en el número 6 de la plaza Real de Paris, solo que entonces no le calificaban de antiguo par de Francia, sino de antiguo proscrito, y esta promoción la debía al cumplimiento de su deber.

Dicho hombre vestía de luto, porque acababa de perder á su hijo. Bruselas le conocía por verle pasar por las calles siempre solo y con la cabeza inclinada. Ocupaba con su familia y tres criadas toda la casa del número 3 de la plaza que acabamos de nombrar.

Su dormitorio, que era tambien su gabinete de estudio, estaba situado en el primer piso, y tenía una ventana que daba á la plaza; en el cuarto bajo estaba el salón, que tambien tenía otra ventana que caía á la plaza; el resto de la casa lo componían los aposentos de las mujeres y de los niños. Los pisos eran muy altos; la puerta de la casa estaba contigua á la ventana del piso bajo. Por dicha puerta un corredor conducía á un jardincillo rodeado de altas tapias, encima del que se sustentaba el segundo cuerpo del edificio, inhabitado en aquella época por las pérdidas que había experimentado la familia.

La casa solo tenía una entrada y una salida, la de la puerta que daba á la plaza.

Las dos cunas de los niños estaban cerca de la cama de su jóven madre, en el dormitorio del segundo piso, encima del departamento del abuelo. Este era uno de esos hombres cuya alma estaba serena habitualmente, y esta serenidad la aumentaba aquel día el pensamiento de haber realizado una obra fraternal aquella mañana. Debe recordarse que el año 1871 ha sido uno de los más fatales de la historia, uno de sus momentos más lúgubres. Paris había sido violado dos veces; primero por la parricida guerra del extranjero contra la Francia y despues por la fratricida guerra de los franceses contra los franceses. En aquellos momentos la lucha había cesado, porque uno de los dos partidos había aplastado al otro; no se daban ya puñaladas, pero las llagas permanecían abiertas, y á la batalla había sucedido la paz espantosa y muda que reina cuando yacen los ca-